

PRESENTACION



Allpachis dedica nuevamente sus páginas al tema de la religiosidad andina. Los artículos del segundo volumen de 1988 continúan una reflexión de singular importancia para los estudiosos del mundo andino y sobretudo para aquellas personas comprometidas en un serio esfuerzo de evangelización e inculturación en las regiones andinas.

Los textos incluidos en este volumen hablan de la vigencia de prácticas y expresiones religiosas que, en los hechos, constituyen un severo juicio a la primera evangelización. Al mismo tiempo presentan lo andino como un factor dinámico que se revela con múltiples valores para enriquecer, desde su particularidad, lo universal del cristianismo.

Lyn Lowry nos ofrece una original interpretación de un aspecto hasta ahora poco estudiado de la religión andina. Para situar los momentos en los que la evangelización dejó su "marca en el actuar del pueblo andino", ella examina la doctrina de indios de Lima y la presenta como una especie de semillero o "yacimiento" para los misioneros que se preparaban para ir a la Sierra. Allí se implantó las fuer-

tes y rígidas normas morales —sobre todo en cuestiones matrimoniales— que caracterizan la vida familiar en la actualidad junto con otras dimensiones de una aculturación desigual.

Las limitaciones de la evangelización para explicar teológicamente e incorporar todo lo que constituye el espacio mítico religioso del mundo andino son presentadas ampliamente por Henrique Urbano. Aprovechando el entrampe que Bartolomé de Las Casas experimentó al no poder encontrar en los términos teológicos de su época una correspondencia adecuada para un héroe mítico embustero, rebelde y burlón, del ciclo Wiracocha, Urbano argumenta la persistencia de un espacio autónomo mítico andino. La redacción de Allpanchis, valorando el trabajo de este investigador, quiere marcar su distancia con algunos de los términos usados por él en el debate con otros investigadores sobre la presencia de un Dios creador andino.

Tres artículos de este número examinan diferentes aspectos de la actual práctica religiosa ritual en los andes, mostrando su potencial dinamizador y su papel en los procesos de cambios sociales acelerados y conflictivos. Ante cambios tales como la diferenciación dentro de la comunidad campesina, conceptos andinos como la reciprocidad se redefinen. Así, Peggy Barlett toma nota de cómo el ritual de beber en la fiesta de San Juan en Otavalo refleja no sólo cambios sociales fundamentales, sino también esta potencialidad de lo andino para expresarse en contextos de rápidos cambios.

Teresa van Ronzelen de González en su investigación alrededor de la Cruz de Motupe presenta la manera cómo una práctica ritual, la peregrinación, genera conflictos de índole eclesial. La peregrinación, por su carácter de lugar de encuentro y su capacidad de convocatoria, muchas veces no es entendida por quienes, dentro de la Iglesia, no perciben su significado en términos de expresión de iden-

tividad cristiana. No es el caso de algunas organizaciones políticas —en el caso peruano está el ejemplo del APRA— que consideran este espacio como algo susceptible de cooperación en función de sus propios fines.

Los restos de una prédica y teología moralistas son advertidos por Ina Rosing al evaluar la fiesta de Todos los Santos en un catecismo quechua. La autora avanza en señalar no sólo la coexistencia con creencias católicas “oficiales”, sino el hecho de que algo del mundo andino ilumina y amplía el significado de una tradición cristiana universal como es la Comunión de los Santos.

Situados fuera del tema central de este número, los artículos de Martin Lienhard y Juan Carlos Cortázar aportan elementos en torno a nuestra línea de interpretación. El análisis de la poesía quechua de los sectores urbanos andinos y el estudio de la institucionalidad y los proyectos en la Iglesia relievan aspectos que un compromiso evangelizador y de inculturación debe considerar.

Hace unos años Paulo Suess escribía que “la falta de experiencias prolongadas de una pastoral inculturada y libertadora junto a los pueblos indígenas contribuyó, en gran medida, a la ausencia de una reflexión teológica sobre lo étnico”. Aún ahora necesitamos impulsar sostenidamente ese tipo de experiencias. Si la evangelización en las vísperas de la celebración de los 500 años quiere tomar un rumbo diferente, sería provechoso examinar la religiosidad andina. Recordemos que en la historia pocas veces se presenta una segunda oportunidad.

Esteban Judd Zanon